

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

14

Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera*

El señor y la señora W llegaron a mi consultorio impulsados por la inquietud que les provocaba la maduración de Christopher, un hijo de trece años. Cuando les pedí que me explicaran la situación de manera más específica, los padres de Christopher se quejaron de la indocilidad del muchachito, de la costumbre que éste tenía de provocar continuamente a su hermano menor, de 9 años, y de sus arranques de mal humor. A su vez, Christopher se lamentó de que sus padres no le permitieran quedarse más tiempo levantado por las noches, de que no le permitieran tener todos los juguetes y juegos que deseaba y de que éstos siempre favorecieran al hermano menor, es decir, aseguró que siempre él recibía reprimendas más severas y, generalmente, era él quien resultaba responsable de las habituales disputas fraternales. Después de haber escuchado las recriminaciones mutuas, recordé cómo otra familia había resuelto un problema semejante, pero preferí disminuir la edad del chico, de modo que dije: "Esta familia, a la que conocí hace dos semanas y que tiene un niño de nueve años, ya resolvió el problema..." Me mostré levemente desorientado en cuanto a los "ataques de mal humor" de Christopher y les dije que, para poder ayudarlo a superarlos, primero debía "ver" uno. El niño y sus padres aceptaron cooperar: le pondrían un espejo por delante cada vez que él tuviera uno de sus arranques a fin de que Christopher pudiera ver qué aspecto tenía cuando sucumbía a su ira. A mi vez, yo cooperaría analizando sus berrinches cuando él pudiera mostrármelos. Simplemente le dije que sabía que tenía la solución que él necesitaba.

El señor y la señora W me informaron que Christopher tenía muy pocos amigos. El muchachito dijo: "Es que me golpean. Soy pequeño y me dicen gallina y maricón". Realmente el chico era bastante pequeño e inma-

duro físicamente para su edad. No le gustaban los deportes y se resistía a relacionarse con compañeros de su edad. En cambio le gustaba entrometarse con las amistades de su hermano menor y aparentemente esto era un de las fuentes del conflicto con él. La señora W dijo: "Christopher es como yo". También ella tenía dificultades para iniciar relaciones sociales y no disfrutaba de las salidas. Generalmente el señor W estaba poco en casa y además estaba siguiendo un curso regular nocturno en una escuela técnica. Ambos coincidieron en declarar que el niño era un "adicto a la televisión"; además, jugaba con juguetes que los padres consideraban inapropiados para su edad. Christopher tenía pocas responsabilidades en el hogar y ello se debía a que la madre se resistía a poner reglas precisas. Desarrollé mi punto de vista del problema que los aquejaba en una carta y preferí no hacer ninguna intervención activa hasta que los W me dieran más elementos para desenmarañar la cuestión. La carta decía:

Tomar la decisión de crecer es algo muy serio para un muchachito de once, doce o trece años y no debería tomarse a la ligera. Recuerda, si decides crecer deberás dejar atrás la diversión y los juegos de la infancia, diversiones tales como leer libros de Enid Blyton, jugar con cochecitos Matchbox, construir castillos de arena en la playa, etc... Por lo demás, crecer significa aprender a manejar un automóvil, salir con chicas, etc... lo cual puede asustarte un poco al principio.

Christopher cree que sus padres no desean que él crezca y los padres creen que él no está creciendo al ritmo adecuado. Estoy un poco confundido en cuanto al modo en que puedo ayudarlos y mi pregunta es: ¿Está creciendo Christopher al ritmo que corresponde a su edad o no? Ahora me doy cuenta de que no podemos avanzar hasta que resolvamos esta cuestión. Sugiero que volvamos a reunirnos para decidirlo de una vez por todas. Lo que hagamos debe ser posterior a esta decisión.

Volvimos a reunirnos quince días después y los padres de Christopher me informaron que "desde que vinimos a su consultorio, él ha comenzado a hacer un esfuerzo. Hasta nos comentó que siente que lo está haciendo muy bien". También me contaron que había tenido éxito al tratar una sola vez de detener los arranques de mal humor del muchacho que desde entonces no habían vuelto a repetirse. Cuando les manifesté mi sorpresa por las buenas noticias que me daban y les pregunté qué había sucedido, los W me respondieron: "Simplemente Christopher comenzó a reír". Cuando le pregunté al niño, encogió los hombros y dijo: "No sé por qué; sencillamente no me sucedió más". Comenté entonces que la maduración de Christopher era muy evidente, pero que sin embargo también era bastante inesperada para mí. Les pregunté si ellos podían contarme cómo había sucedido tan rápidamente. La señora W creía que "inconscientemente Christopher ha-

*Publicado en *Journal of Strategic & Systemic Therapies*, 4, 3, 1985, págs. 45-47.

bía tomado la decisión de crecer”, mientras que le señor W sostenía que se había tratado de una “decisión consciente”. Les dije que no sabía cuál de los dos tenía razón. Cuando les pregunté a los padres si estaban preparados para reconocer que Christopher era “todo un hombrecito”, me respondieron que adaptarse a ello les llevaría otras dos semanas, pero que seguramente lo aceptarían. Hablamos luego de cómo podríamos celebrar este cambio en la vida del chico. Luego el señor y la señora W me contaron qué soluciones habían hallado para las disputas fraternas y que ahora ambos niños se ganaban privilegios asumiendo mayores responsabilidades. También se les había asignado a ambos un presupuesto de juguetes que ellos mismos debían administrar. A Christopher se le pidió además que se hiciera cargo de cuidar a su hermano menor a fin de que los padres pudieran salir juntos. El joven había aceptado, por otra parte, inscribirse en un club de yudo con la condición de que, una vez que comenzaran las clases, completaría todo un período. Considero que fue más que una coincidencia el hecho de que las soluciones halladas por los W fuesen muy semejantes a las de la otra familia que yo les había mencionado en nuestra primera reunión.

El señor y la señora W resumieron sus contactos conmigo del siguiente modo: en primer lugar, “el problema no era tan grave como pensábamos” y en segundo lugar, “Christopher parece haber tomado la decisión de crecer”. El joven sonrió satisfecho y divertido cuando todos coincidimos en que no era necesaria una próxima sesión.

15

Dos historias paralelas*

Prohibida la entrada a los menores de 5 años

Emily había causado gran inquietud en sus padres y especialmente en la madre durante los últimos dos o tres años. La niña jamás había logrado controlar sus intestinos a pesar de los esfuerzos que hicieron sus padres por ayudarla. Emily había sido atendida en el Hospital de Niños, y allí le habían diagnosticado que tenía el “intestino ancho”; de modo que se la sometió a una operación quirúrgica para ceñir los músculos que rodean el ano. Recientemente había sido atendida por un pediatra y un psiquiatra. El padre de Emily era maestro de escuela y la madre participaba activamente en una organización de padres de niños de edad preescolar.

Los padres caracterizaron la situación como la “batalla del inodoro”, una batalla en la que la madre oscilaba violentamente entre la humillación y la ira que le provocaba el hecho de que Emily se opusiera a ir al cuarto de baño sola, y la autocrítica por considerar que no estaba actuando como una “buena madre”. Además, se sentía mortificada por los períodos de constipación y de negativa a utilizar el cuarto de baño de su hija. Me di cuenta de que la madre de Emily creía que esta situación la había desacreditado ante sus colegas. Los padres sentían que habían hecho todo lo posible y que no habían obtenido ningún éxito. Para empeorar las cosas, cuando estaba en casa de su abuela, Emily iba regularmente al cuarto de baño, pero apenas regresaba a su propia casa recuperaba su antiguo hábito.

Cuando nos reunimos por primera vez, Emily me pareció una niña sumamente simpática y precoz. Hasta que me atreví a mencionar el problema de su “caca”. A partir de entonces, Emily se negó a tener ningún otro contacto conmigo y se refugió en la compañía de un amigo imagina-

*Publicado en *Dulwich Centre Review*, 1985, págs. 55-56.